

luchan entre sí, así como la de los hombres expuestos á sus ataques, han llegado á ser con sus riquezas apasionados por el lujo, y siempre más insaciables y afeminados por los espectáculos que diariamente presencian. ¿Qué hombre sábio y valeroso intentaría libertar á ese pueblo degenerado, que se ha esclavizado él mismo? ¿Quién podría convertir en hombres libres á los que son serviles de por sí? Sábelo pues; cuando llegue la hora de sentarme en el trono de David, mi reinado será como un árbol cuyo ramaje se extendiese sobre toda la tierra, para cubrirla con su sombra, ó bien como la piedra que haría pedazos todas las monarquías existentes en el mundo. Y mi reinado no tendrá fin: medios se encontrarán para ello; pero no te corresponde á tí saber cuáles son estos, ni tampoco revelártelo debo.»

A lo cual contestó el Tentador con descaro: «Veo en qué poco estimas todas mis ofertas, y cómo las rechazas por ser yo quien te las hace. Nada es de tu agrado; te muestras por demás receloso, y con tus exagerados escrúpulos, te limitas á contradecirme. Sin embargo, quiero que sepas en cuánto estimo los ofrecimientos que te hago, y qué lejos está de mí apreciar en poco las ventajas de que te quiero hacer partícipe. Todo cuanto abarca tu mirada, todos esos reinos del mundo, yo te los doy (que á mí me los han dado y yo los cedo á quien me place); no es ninguna bagatela; pero te impongo una condicion indispensable. Es preciso que te prosternes y me rindas adoracion como á tu superior y tu dueño (fácil te es hacerlo), reconociendo que todo lo has recibido de mí. ¿No es esto lo ménos que merece tan considerable donativo?»

Nuestro Salvador contestó con acento desdeñoso: «Jamás me agradó tu lenguaje, y mucho ménos tus ofrecimientos; ahora desprecio tanto éstos como aquel, ya que has osado exponer en tan abominables términos tu impía condicion. Pero sufriré con paciencia, hasta que expire el plazo durante el cual te será permitido obrar contra mí. Escrito está en el primer mandamiento: «Amarás al Señor, tu Dios y le servirás á él solo;» ¿y te atreves á proponer á su Hijo que te rinda culto, á tí, maldito, doblemente maldito ahora por esta pretension, más impía y osada que la que tuviste con Eva? No se hará esperar tu expiacion. Dices que te dieron los reinos del mundo; dí más bien que te los abandonaron y que los usurpáste; ningun otro donativo podrias hacer. Y aún cuando te los hubiesen dado, ¿de quién los habrias recibido sino del Rey de los reyes, del Dios supremo, dueño de todas las cosas? Y si te los ha dado ¿con qué generosa gratitud le pagas! Pero hace ya mucho tiempo que la gratitud se ha extinguido en tí. ¿Tan falto estás de temor, ó tan desvergonzado eres que osas ofrecérmelos á mí, al Hijo de Dios, ofrecerme lo que me pertenece, bajo la infame condicion de prosternarme y adorarte como á Dios? ¡Atrás! ¡aléjate de mí! Ahora es cuando te manifiestas evidentemente como el mal personificado, como Satan, maldito para siempre.»

Confuso y poseido de temor, replicó el Enemigo: «No te muestres tan gravemente ofendido, Hijo de Dios, pues tambien los ángeles y los hombres son hijos de Dios, y yo he querido asegurarme de que llevas ese título por ser superior á ellos. Por esto te propuse que me rindieses el homenaje que recibo de los ángeles y de los hombres; de esos tetrarcas que presiden el fuego, el aire, el agua y la tierra, así como tambien de las naciones que habitan en toda la superficie del globo. A mí me invocan como al dios de este mundo y de aquel que está debajo; y más que á ningun otro, impórtame asegurarme si tú eres Aquel cuya llegada, segun las profecías, debe serme tan fatal. La prueba no te ha perjudicado en modo alguno; más bien has alcanzado honor y aprecio, al paso que yo no gano nada, y hasta debo renunciar á lo que me

proponia obtener. Dejemos, pues, los reinos de este mundo, puesto que son transitorios; no te hablaré más de ellos; adquiérellos ó no, segun te plazca, que eso á tí solo te concierne.

«Parece que tú aspiras á alguna cosa más noble que á una corona mundana: prefieres entregarte á la meditacion y á las sábias discusiones, segun lo indicaba ya aquel rasgo de tu infancia, cuando escapáste de la vista de tu madre para ir solo al templo, donde te hallaron en medio de los más graves doctores, discutiendo sobre puntos y cuestiones relativas á la cátedra de Moisés; enseñando pero no enseñado. La infancia anuncia al hombre, como la mañana anuncia el dia: sé ilustre, pues, por tu saber; y así como tu imperio debe extenderse sobre todo el mundo, extiéndase tambien tu espíritu sobre el universo entero y en todo cuanto contiene. No está comprendida toda la ciencia en la ley de Moisés, en el Pentateuco y en los escritos de los profetas; tambien los Gentiles, guiados por la luz natural, saben, escriben y enseñan cosas dignas de admirarse; y tú debes conferenciar con los Gentiles, dirigiéndoles por la persuasion segun tus miras. Sin conocer su sabiduría, ¿cómo quieres conversar con ellos, ó que ellos se entiendan contigo? ¿Cómo has de discutir, cómo refutar sus idolismos, sus tradiciones y paradojas? Con sus propias armas se debe combatir su error. Antes de abandonar esta despejada montaña, mira otra vez por la parte del occidente, y mucho más cerca, hácia el mediodia, verás en la ribera del mar Egeo una ciudad con magníficos edificios, donde el aire es puro y el terreno llano. Es Atenas, el ojo de Grecia, la madre de las artes y de la elocuencia, la patria ó mansion hospitalaria de los sábios célebres, que encuentran en su agradable retiro, en la ciudad ó los arrabales, paseos cubiertos de sombra, para entregarse al estudio. Hé ahí el olivar de Academo, el asilo de Platon, donde el ruseñor deja oír todo el verano las rápidas y variadas notas de su canto. Allí está el monte Himeto, cuyas flores atraen á la industriosa abeja, que con su ligero zumbido invita á las meditaciones graves; y más allá se desliza el Ilisus con sus ondas de suave murmullo. Dentro de la ciudad puedes ver las escuelas de los antiguos sábios: el Liceo, dónde enseñaba aquel ¹ que preparó al gran Alejandro para subyugar al mundo; y poco más lejos el Pórtico, ornado de pinturas. En esa ciudad podrás estudiar la secreta influencia de la armonía, por medio de tonos y números indicados con la voz ó con la mano ²; las distintas medidas de los versos que tal encanto comunican á las odas líricas de los poetas Eolios y Dórios, y á los cantos muy superiores de aquel que á todos les inspiró, del ciego Melesigenes, llamado más tarde Homero, cuyos poemas se atribuyó Febo. En la misma fuente fué donde los graves y sublimes trágicos adquirieron los profundos conocimientos, que comunicaban luego con sus coros y sus yámbicos, esos excelentes preceptos de prudencia moral, que acogidos con gusto en forma de breves sentencias, recuerdan al hombre las leyes del destino, la inconstancia de la fortuna, las vicisitudes de la vida humana, ofreciendo á su vista el espectáculo de los actos más nobles, y el cuadro fiel de las grandes pasiones. Allí es dónde podrias formarte sobre el modelo de esos célebres oradores antiguos, cuya irresistible elocuencia dirigia á su antojo á la arrogante democracia, abria los arsenales y fulminaba sus rayos por encima de Grecia, hasta Macedonia y el trono de Artaxerxes. Presta tambien oído á las lecciones de esa filosofía que bajó del cielo á la modesta

(1) El filósofo Aristóteles.

(2) Alude á una opinion de Pitágoras, segun el cual, los números eran el principio de todas las cosas, y al mismo tiempo sus elementos y causas eficientes.

morada de Sócrates. Hé ahí donde habitaba aquel á quien el bien inspirado oráculo declaró el más sábio de los hombres, y de cuya boca brotaron aquellos raudales de dulce elocuencia que iban á bañar todas las escuelas de los académicos antiguos y modernos, así como las de los Peripatéticos, de los Epicúreos y de los severos Estóicos. Estudia sus doctrinas en esos lugares, ó si lo prefieres, en tu humilde morada, hasta que el tiempo madure tu edad para soportar el peso de un reino; sus preceptos te convertirán en un cumplido príncipe, que sabrá reinar en sí mismo, y cuya sabiduría resaltará más á la cabeza de un imperio.»

Nuestro Salvador contestó con estas sábias palabras: «No creas que conozco estas cosas, ó más bien, cree que las ignoro; y sin embargo, no dejo de saber lo que debo. El que recibe sus luces del cielo, de la fuente misma de la luz, no necesita otras doctrinas, por más que las reconozca como verdaderas; pero las de que tú hablas son falsas, son casi ensueños, conjeturas, ficciones que no se fundan en ninguna base sólida. El primero y más sábio de todos esos doctores confesó no saber más que su ignorancia; su primer discípulo se dejó llevar por las fábulas y las ideas seductoras; una tercera escuela dudó de todas las cosas, hasta del buen sentido; otros fundaron la felicidad en la virtud; pero acompañada esta de riquezas, de larga vida, del placer de los sentidos, y sin inquietudes ni zozobras. Por último, el Estóico, poseído de su filosófico orgullo, al que llama virtud; con su sábio, hombre virtuoso, perfecto en sí, que todo lo posee, lo mismo que Dios, causa vergüenza muchas veces cuando léjos de preferir la virtud, no teme al Señor ni al hombre; lo desprecia todo, riquezas y placeres, penas y tormentos, la muerte y la vida, jactándose de renunciar á esta cuando quiera, ó de perderla á su antojo. Pero toda esa enojosa prosodia se reduce á una vana jactancia ó á sutiles subterfugios para eludir la convicción. ¡Ah! ¿qué pueden enseñar ellos, y cómo no han de engañarse, si no conociéndose á sí propios, y mucho ménos á Dios, no saben cómo tuvo principio el mundo, y cómo cayó el hombre, degenerado por sí mismo, sin depender más que de la gracia? Hablan mucho del alma; pero todo cuanto dicen está plagado de errores: buscan la virtud en sí mismos; se atribuyen toda la gloria para no cedérsela á Dios; y designan más bien al Eterno con los nombres vulgares de fortuna y destino, cual si fuese un sér extraño á los asuntos de los mortales. Así pues, aquel que busca la verdad en esos doctores, no la encuentra, ó bien, juguete de una ilusión, que es mucho peor aún, sólo vé una falsa imágen, un vano fantasma. En cuanto á lo demás, los sábios han dicho que un excesivo número de libros es origen de fatigas y confusion; el que los lee continuamente, sin analizar su contenido con un juicio igual ó superior (¿y á qué buscar en otra parte lo que lleva en sí?), continúa siempre en la duda y falto de principios fijos. Está versado, sí, en la ciencia de los libros; pero siendó su juicio superficial, nada maduro, ó poseído de preocupaciones, recoge bagatelas ó frivolidades, cual si fueran pensamientos escogidos, aunque no valen lo que una esponja; pareciéndose á esos niños que van cogiendo piedrecillas por la ribera. Y si yo quisiera distraer mis horas de ocio con la música ó la poesía, ¿dónde mejor que en nuestro idioma nativo podria encontrar tan grato solaz? Toda nuestra ley, toda nuestra historia, están llenas de himnos; los salmos se han compuesto con mucho arte; los cánticos y las arpas, tan agradables á los oídos de nuestros vencedores en Babilonia, revelan que la Grecia es más bien la que tomó de nosotros estas artes; pero las ha imitado mal, consagrándolas á celebrar con pompa los vicios de sus divinidades y los suyos propios, así en fábulas como en odas y

cantos, donde representa á sus ridículos dioses, perdiendo ella misma todo decoro. Suprime en esos poemas los epítetos pomposos, semejantes al eseso afeite que cubre las mejillas de una cortesana, y todo lo demás se desvanece, sin dejar placer ni provecho. Indignos serian de compararse con los cánticos de Sion, que tanto agradan á todos aquellos cuyo gusto es puro, esos cánticos en los que se celebra noblemente á Dios, al santo de los santos, así como á sus hombres (divinamente inspirados, y no por tí). Solo exceptúo los poemas en que se pinta la virtud moral por la luz natural, aún no perdida del todo entre los hombres. Ensalzas á sus oradores cual si hubiesen llegado al apojeo de la elocuencia; son seguramente hábiles políticos, amantes de su patria, á lo que parece; pero distan mucho de igualar á nuestros profetas, porque á estos les ilumina la luz celeste, y con su estilo, tan magestuoso y natural, enseñan mucho mejor que todos los oradores de Grecia y Roma, las verdaderas reglas para gobernar las ciudades. En sus escritos se enseña, clara y fácilmente, la manera de hacer á una nacion dichosa y conservar su felicidad; lo que arruina los reinos y destruye las ciudades; y estos son, con nuestra ley, los preceptos más propios para formar un monarca.»

Así habló el Hijo de Dios; pero Satan, apurado hasta el extremo (pues habia agotado todos sus artificios), contestó á nuestro Salvador con enojado tono:

«Puesto que ni las riquezas ni los honores, ni las armas ni las artes, ni el trono ni el imperio, tienen para tí atractivo alguno; puesto que todo cuanto te propongo para alcanzar prez y gloria, con la vida contemplativa ó activa, es rechazado por tí, ¿qué haces en este mundo? El desierto es lo que más te conviene: allí te encontré y allí te volveré á dejar; pero acuérdate de lo que te voy á predecir. Bien pronto tendrás motivos de arrepentirte por haber rechazado así, con tanto escrúpulo y prudencia, el auxilio que te ofrecia, y con el cual hubieras ocupado pronto y fácilmente el trono de David, ó el trono del mundo entero. Ahora estás en la edad viril; llegado es ya el tiempo y la hora en que mejor pueden realizarse las profecias que á tí se refieren. Pero si yo sé leer alguna cosa en el cielo, ó si este anuncia algo acerca del destino, por lo que me permiten descifrar las inmensas estrellas que se hallan en conjuncion, veo que te amenazan penalidades y fatigas, la oposicion y el odio, el escarnio, las censuras, los ultrajes, la violencia, los golpes, y por último una muerte cruel. Ciertamente estos signos anuncian para tí un reino; mas no puedo discernir si real ó alegórico, ni tampoco cuándo; eterno será seguramente, y sin principio ni fin, pues ninguna fecha precisa me dirige en el estrellado círculo.»

Así diciendo, apoderóse del Hijo de Dios (pues sabia que aún no se le habia retirado su poder), y le volvió á llevar al desierto, donde le dejó, aparentando luego que desaparecia. Entónces comenzó á reinar la oscuridad, declinó el día y sucedióle la noche, su tenebrosa hija, sér impalpable que roba la luz en ausencia de aquel. Nuestro Salvador tranquilo y sin irritacion alguna despues de su excursion aérea, aunque rendido de fatiga, de hambre y de sed, se dispuso á buscar reposo en cualquiera parte, debajo de algun árbol, cuyas entrelazadas ramas pudiesen preservarle del rocío y la humedad de la noche. Empero, aquel abrigo y aquel descanso no le proporcionaron el menor alivio, pues el Tentador vigilaba á su cabecera, y no tardó en turbar su reposo con medrosos sueños. Despues comenzó á rugir el trueno de los trópicos y el de los polos; las nubes, entreabiertas por todas partes, lanzaron torrentes de lluvia mezclada con relámpagos, pareciendo que el agua y el fuego conspiraban á la destruc-